

CAPÍTULO UNO



Mary oía a menudo la expresión: «No soporto estar sola», y nunca llegó a entenderla. Toda su vida había necesitado refugiarse en la soledad de vez en cuando, y ahora más que nunca. Si no podía estar con el hombre al que amaba, prefería no estar con nadie.

Creía que en la pequeña casa de Marguerite Street podría disfrutar de esa soledad, pero, al parecer, todavía había mucha gente en Londres que consideraba un deber llamarla o dejarse caer a cualquier hora para animarla. Se imaginaba a las mujeres diciéndole a su marido:

—Querido, hay que hacer algo por la pobre Mary. Los criados han estado muy ocupados últimamente, y habrá que gastar la mantequilla que tenía reservada, pero no queda otro remedio.

Luego cogerían el teléfono y dirían:

—Te aseguro que me dolería mucho que no tuvieras en cuenta que puedes acercarte a nuestra casa cuando te apetezca. ¿Qué día de la próxima semana vienes a cenar? ¿El martes, el miércoles, el jueves...?

Por eso se había ido con Bingo a Little Creek End para pasar un largo fin de semana en soledad, sin nadie, solo ella, el perro y mil recuerdos de los fines de semana en los que eran dos y un perro en la aislada cabaña de las marismas de Essex.

—Es una locura que huyas a un sitio tan desolado —le dijo su madre—. Si tan deprimida estás, ¿por qué no vienes con Gerald y

conmigo? Lo único que conseguirás allí, tú sola, es ponerte aún más triste.

Tuvieron una gran discusión por tal motivo. Su madre no entendía que buscara la tristeza, que no quisiera distraerse. Pero ella prefería llenar el tiempo de espera pensando en él, aislarse, ponerse entre paréntesis hasta que volviera.

La gente era cariñosa, cordial y simpática, pero creía que hacer compañía era sinónimo de dar conversación, y algunas voces le tladaban la cabeza. En cambio, los perros... Lo entendían todo sin decir nada y siempre era un placer mirarlos, dormidos o despiertos, como a Bingo. En ese momento roncaba suavemente, dormido en su cesta junto al fuego, con sus patitas rechonchas y una ceja peluda estremeciéndose al ritmo irregular de sus sueños. En el otro extremo, Mary descansaba tranquilamente hundida en un sillón, con una taza de café en uno de los brazos y la bata de seda abierta a los lados de las piernas cruzadas, balanceando una zapatilla en el dedo del pie. Aparte del resplandor inconstante del fuego y el haz de luz de la lámpara de petróleo que tenía al lado, la habitación estaba sumida en sombras; pero no esas sombras que obligan a mirar atrás con temor todo el tiempo, sino las que proporcionan una calidez silenciosa e íntima, como si los objetos invisibles estuvieran aguardando a que se los necesitara de nuevo. Fuera de la estancia, la noche se desataba en viento y lluvia con una furia impotente. Mary pensó en lo curioso que era que solo unos pocos centímetros de muro separaran la plácida intimidad de la salita del aullido chorreante de la oscuridad. Las casas tenían una actitud muy retadora.

Había cenado en una bandeja delante del fuego, leyendo al mismo tiempo, y ahora tenía el libro abierto en el regazo, pero su mirada se dirigía constantemente a las llamas que saltaban desde las ascuas de la base hacia arriba lamiendo los contornos del negro carbón aún sin quemar. «Mañana —pensó— secaré unos cuantos troncos del cobertizo y haré un buen fuego de leña». Distráida, enroscó el dedo en un mechón de pelo y lo separó de la media melena

oscura que le caía casi hasta los hombros. Hacía siglos que no iba a la peluquería a arreglarse el pelo. No parecía que en esos momentos tuviera mucho sentido hacer algo más que, sencillamente, no estar hecha un desastre.

Era pequeña y delgada, de piel muy blanca, con los ojos grandes y hundidos, tenía un rictus un poco triste en la boca cuando estaba en reposo, pero era capaz de sonreír de oreja a oreja como un niño.

Miró el reloj de pared, que imitaba a un plato de porcelana azul y blanco. A esa hora, en Londres estaría a punto de ir a toda prisa al recibidor, en cuanto oyera el chasquido del buzón, para ver si había un sobre blanco cuadrado con el matasellos de «RECIBIDO DE LOS BARCOS DE SU MAJESTAD» en una esquina. ¿Y si llegara uno esa misma noche? Tendría que esperar hasta el martes para verlo. No se lo remitiría nadie, porque le había dado el fin de semana libre a Doris para que fuera a ver a su familia en Dalton East.

Se imaginó la carta claramente, muy blanca, caída de cualquier manera en el felpudo negro de la puerta principal. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que estaba allí. Esperar era una tortura; tenía que haberlo pensado antes. ¿Y si era algo importante?

Irguió la espalda, cerró el libro y lo dejó en la mesa. «Llamo a Angela —pensó— y le digo que pase mañana por casa, a ver si hay algo. Sabe que la llave de la puerta de atrás está escondida debajo de la maceta. Será una tontería, pero es que no puedo esperar esa carta. A lo mejor me pregunta algo y quiere que le responda inmediatamente».

Le costó un poco levantarse del sillón. Estaba entumecida después del largo y húmedo paseo que había dado con Bingo por la tarde, antes de que la tormenta estallara en un temporal. Bingo abrió un ojo y movió la cola al verla coger la lámpara e ir hasta la otra parte de la salita, debajo de la estructura de vigas en la que antes había una pared. Hacía frío lejos del fuego. El teléfono estaba en la mesa de al lado de la ventana; mientras lo descolgaba, oyó las rachas

de la lluvia contra el cristal y el gemido del viento, que había cruzado desde las marismas y rugía alrededor de su casa.

El teléfono estaba mudo.

—Hola... Hola...

Colgó y descolgó varias veces, pero ninguna voz femenina y malhumorada dejó de tejer para decir en tono acusador: «Weatherby. ¿Qué número desea?». Ni un zumbido. Solo silencio. Seguro que el temporal había derribado las líneas. «Maldita sea». Pensativa, volvió sobre sus pasos arrastrando las holgadas zapatillas por el suelo de madera. Pasó por encima de Bingo, se sentó de nuevo mordisqueándose el dedo, se retiró el pelo hacia atrás y luego se recostó con las piernas estiradas, la barbilla contra el pecho y el ceño fruncido. En realidad, daba igual, no parecía probable que fuera a llegarle otra carta tan pronto, después de la última, pero era irritante. A la mañana siguiente bajaría al cruce, cogería el autobús al pueblo y llamaría desde allí. Era lo mejor, porque, en cualquier caso, nadie podría remitirle nada esa noche. Se relajó con un suspiro y volvió a coger el libro. Eso es lo que haría mañana. «Espero que haga bueno», pensó.

Cuando el plato azul y blanco dio las nueve con su nota delicada alargó automáticamente el brazo y encendió la radio. «¡Estas interferencias! A ver si la llevo a arreglar. Pero es tan...», pensó al oír las primeras palabras sin prestar atención:

El Ministerio de Marina lamenta comunicar que el destructor británico *Phantom* ha chocado con una mina a primera hora de la mañana y se ha hundido. Algunos supervivientes han sido rescatados por dos barcos mercantes que respondieron a su SOS, pero se teme que tres de los siete oficiales y veinte miembros de la tripulación hayan perdido la vida. Los familiares más cercanos de los desaparecidos han sido informados. El *Phantom* se botó en 1927 y era un destructor de mil trescientas toneladas de clase X...

Apagó la radio; cuando cesaron las palabras, fue como si nunca las hubieran pronunciado. Se quedó sentada bajo la luz amarilla de la lámpara de la mesa, con la taza de café medio vacía en equilibrio en el brazo del sillón. El fuego todavía lamía los bordes del carbón con pequeñas lenguas anaranjadas y amarillas; Bingo seguía tumbado con las patas en posición de galope, la cabeza vuelta hacia un lado y una oreja levantada; el reloj blanco y azul seguía haciendo tictac. Nada había cambiado, pero nada era lo mismo. Una tregua de la tormenta produjo un silencio en el aire, fue como si la habitación guardara un compás de espera conteniendo la respiración hasta ver cómo se lo tomaba Mary. Se quedó en el sillón y, con un escalofrío, empezó a comprender. Aunque cada vez con menos convencimiento siguió diciéndose: «No es verdad, no es verdad».

«Los familiares más cercanos han sido informados». Entonces, podía haber algo en el felpudo de la puerta principal; pero no un sobre blanco, sino amarillo, y tenía que esperar hasta el día siguiente para saberlo. El pensamiento le vino a la cabeza injustamente y sin razón: «Bueno, ahora mamá podrá decir: “Te lo advertí”. Había sido una locura ir allí».

Curiosamente, no tenía ganas de llorar. Estaba muy tranquila, aunque el corazón le latía con tanta fuerza que lo veía por debajo de la fina bata de seda.

—Bingo —dijo—, Bingo, ha pasado algo horrible.

El perrito saltó de la cesta, se sacudió, bostezó, se desperezó y echó a andar detrás de ella hasta la puerta. Al abrirla y asomarse a la furiosa oscuridad, un remolino de viento y lluvia la golpeó en la cara. Volvió a cerrar con resignación, tiritando. Había tenido el impulso de ir andando hasta el pueblo y llamar a la puerta de alguien que tuviera teléfono..., hablar con Angela, con el ministerio, con quien fuera. Pero con esa tormenta no llegaría; había más de ocho kilómetros. Además, no encontraría el camino y, aunque lo encontrara, tendría que entrar en una casa desconocida; tendría que dar

explicaciones; y a lo mejor había alguien en la habitación mientras ella telefoneaba.

Su desesperación aumentó al oír el impacto de una teja que cayó al patio desde el tejado de la cocina. Era una tormenta salvaje. Tenía que esperar. Esperar... y procurar no pensar. Volvió al otro lado de la habitación. Quizás si se sentaba otra vez y cogía el libro todo volvería a ser como antes. El tiempo retrocedería y sería como si no hubiera pasado nada.

Esto no podía pasarle a ella..., a ella no. Las tragedias les pasan a los demás, no a uno mismo. Se habían salvado cuatro oficiales y, por supuesto, él era uno de ellos. «Tengo suerte, siempre la he tenido». ¿No había dicho eso él en el casino de Cannes aquella noche maravillosa cuando...? ¿No había sido hacía nada, en mayo? Parecía que hubiera sucedido en otra vida.

«Oh, amor, ya nunca iremos los dos a los países cálidos del otro lado del mar».¹

Lo único que podía hacer era no pensar. Se puso en movimiento: se llevó el café a la pequeña cocina de suelo de piedra, encendió otra lámpara, cogió el hervidor de agua, que estaba al lado del fuego, y fregó los cacharros de la cena. Fuera hacía frío, así que cogió el abrigo para ponérselo encima de la bata. En el armario en el que colgaba el abrigo de pelo de camello había un par de botas grandes de goma, un viejo y estropeado gorro de marinero y unos pantalones grises de franela deformados y con manchas de grasa. Cerró la puerta con un movimiento rápido y temeroso, y volvió al fregadero procurando distraerse con detalles como a qué hora tendría que ponerse en marcha por la mañana para coger el primer autobús y a quién llamaría por teléfono.

Cuando terminó, no quiso volver junto al fuego. Subiría a la habitación del suelo irregular y las cortinas amarillas de cretona, y

¹ *The Daisy*, Alfred Tennyson (1809-1892).

se acostaría en la cama, que estaría caliente y blanda, y a oscuras, a esperar a que llegara la mañana.

—Vamos, Bingo. —Inclinó la cesta hasta que salió el pequeño cairn terrier, adormilado y resentido—. Hala, que esta noche puedes dormir en mi cama.

Después de llenar una bolsa de agua caliente, cepillarse los dientes y el pelo —igual que cualquier noche—, apagó la luz y se metió entre las sábanas, que olían a limpio, con la sensación de ser muy pequeña. Se tumbó boca arriba, mirando al bajo techo, con el cálido peso del perro en los pies y los ojos muy abiertos en la oscuridad, luchando contra la idea que se empeñaba en rechazar desde que la voz afligida de la radio hizo añicos su seguridad. La idea de que quizás, nunca más, nunca más...

No podía permitirse pensar en eso ni en el futuro. El pasado, se tenía que aferrar al pasado, que era incuestionable. Era más seguro mirar hacia atrás que hacia delante. Mientras esperaba acostada, mirando la forma borrosa de la cortina, que se movía a merced de la ventana entreabierta, y oyendo el viento, la lluvia y el ladrido de un perro insensato en las marismas, pensó en las cosas que se habían ido, en los años que la habían conducido a esa noche..., la crisis de su vida. Todo lo trivial, lo trascendental, lo emocionante que había vivido día a día para llegar a la mujer tumbada en la oscuridad con olor a sábanas limpias que esperaba a que le dijeran si su marido estaba vivo o muerto.